Mysterium fidei

La Eucaristía (gr. εὐ = bueno + χαρισ = gracia) o acción de gracias es un sacramento instituido por Jesucristo, en el que Él mismo, Dios y Hombre verdadero, está realmente presente –en cuerpo, sangre, alma y divinidad– bajo las especies o apariencias de pan y vino, y se da en alimento a los fieles.

Jesús instituyó este sacramento en su última cena, en vísperas de su Pasión y Muerte, para estar siempre entre nosotros, para seguir ofreciéndose por nuestros pecados y para darse como alimento espiritual, e hizo la promesa eucarística: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre..." (cf. Jn. 6, 48-59).

La realidad eucarística tiene lugar en el momento de la transubstanciación, cuando el sacerdote invoca la bendición del Espíritu Santo y consagra el pan y el vino mediante la fórmula descrita en los evangelios sinópticos (cf. Mt. 26, 26-28; Mc. 14, 22-24; Lc. 22, 19-20), que se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo. Jesucristo es el sacerdote sumo y eterno que, por el ministerio de los presbíteros, ofrece el sacrificio, y, a la vez, es la ofrenda.

La comunión eucarística "...nos eleva hasta la comunión con el Señor y entre nosotros." (LG 7). De este sacramento "...mana hacia nosotros, como de una fuente, la gracia y con la máxima eficacia se obtiene la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios..." (SC 10); es el corazón y la cumbre de la vida eclesial, porque en su celebración Jesucristo asocia su Iglesia a su sacrificio de la cruz, y por medio de este sacrificio derrama las gracias de la salvación. La Eucaristía acrecienta la unión con Dios, perdona los pecados veniales, protege de pecados graves, fortalece la unidad de la Iglesia y nos da fuerzas para afrontar la vida.

Hay dos días litúrgicos relacionados con la Eucaristía: el Jueves Santo, dentro del Sagrado Triduo Pascual, en el que se celebra la Misa Vespertina de la Cena del Señor, y la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, que se celebra el jueves después de la Solemnidad de la Santísima Trinidad (si no es de precepto, se celebra el domingo siguiente).

A la Eucaristía debemos el culto de latría (= adoración), pues está presente Dios mismo. La adoración a Jesucristo se expresa mediante la genuflexión, acto supremo de reverencia de nuestro rito, reservado para nuestro Señor presente en la Eucaristía sobre el altar, en el sagrario, en la custodia o en la píxide (Viático). Se hace con la espalda recta, la cabeza inclinada hacia delante, la rodilla derecha apoyada un instante en el suelo y con las manos unidas. Ante el Santísimo Sacramento expuesto se hace doble genuflexión. Su incensación se realiza con tres movimientos dobles (3x2). La adoración eucarística tiene cuatro partes: exposición, tiempo de adoración, bendición y reserva; el sacerdote viste capa pluvial y se canta el hermoso himno «Pange, lingua, gloriosi corporis».

Por último, hemos de decir que la Eucaristía es realmente Dios con nosotros, una fuente de gracia perpetua y un misterio de fe y comunión que nos ilumina para que seamos uno, como el Padre y Jesús (cf. Jn. 17, 22).